

EL TELENO ME AVENTE Y MIS RESTOS ESPARZA...

31 de agosto

Astorga – Rabanal del Camino (20.6 Km)

José Luis Vilanova Alonso

Pasé una mala noche, ligero en el sueño e incómodo en el hueco de mi lecho. No lo entendía bien. La cama era amplia y confortable. Sábanas limpias. Temperatura agradable. Estancia espaciosa. Y yo estaba cansado. Sentía mi cansancio pegado a los huesos, tanto que no me dejaba dormir. Escuchaba las respiraciones de mis compañeros peregrinos, no más de veinte en una sala que podía acoger al menos el doble. Parecía que por fin había logrado pescar un rato de sueño denso, cuando, como suele suceder en estos casos, el rumor de la madrugada terminó por colocarme en las puertas del alba, corto de descanso y hambriento de sueño. Pasadas las seis y media de la mañana, aparecí en el rústico comedor localizado junto al vestíbulo, que nos ofrecía en autoservicio un desayuno con rango de *parador*: un peregrino hacía acopio de viandas con ansiedad.

- No... – le dije mientras me miraba sorprendido –. Deja la mantecada y coge el hojaldre de al lado. No te arrepentirás...

- ¿Y eso?

- Hazme caso, que yo soy de por aquí. Las mantecadas llevan la fama, pero los hojaldres *cardan la lana*.

- ¿Y no pueden ser las dos cosas?

- Pueden ser, pueden ser... – contesté riendo –. Luego me cuentas...

Salí despacio a las calles astorganas. Respiré profundo saboreando cada instante. El amanecer me iba descubriendo un cielo encapotado, que dejaba ver al frente con nitidez El Teleno, orgulloso y majestuoso. A la salida de Astorga, me enfrenté a la iglesia de San Pedro de Rectivía, una parroquia de perfil moderno y aspecto inacabado, con ladrillo visto y tejado inclinado de pizarra, que contiene en su interior, junto el altar, un inmenso crucificado que siempre me gustó. Desde lejos muestra su cuerpo moreno y tosco, lejos de la traza arcaica que nos suele mostrar la imaginería convencional, con la cabeza levantada y la mirada al frente, un tanto desafiante. Cuando te acercas, la mirada es vidriosa y ligeramente elevada, la expresión doliente, pero digna; el cuerpo se arquea tenso hacia delante, aún con ganas de luchar, amasado con la tierra, implicado con los que sufren, enfangado en las miserias del mundo, atrapado en su físico y desvinculado en el alma. La portada principal de la iglesia se adorna con mosaicos que expresan escenas evangélicas diversas; en la jamba lateral, una inscripción grabada, con

el texto de un sencillo poema dirigido especialmente al peregrino, me conmovió:

Peregrino:

Que el cansancio del Camino

nunca te impida pensar.

¿Es lo importante la meta...?

¿O será acaso el encuentro

con el monte, con el río,

con el rumbo que has perdido...

con el mismo Dios, quizás...?

El horizonte se engalana con los Montes de León, suaves en el ascenso, pero mucho más bruscos en el descenso. Camino por un trazado que he recorrido mil veces, muchas de ellas en bicicleta de adolescencia y juventud. Piso tierras de Maragatería, tierras de rastro perdido en el tiempo. Tierra de arrieros que comerciaban entre Galicia y Castilla, y por tanto de ausencias prolongadas del hogar. Maragatería nos va mostrando sus casas de muro con puertas de arco y dintel, y ventanas de madera, pintadas en verde o azul. Las tejas de las tierras bajas, van siendo sustituidas por las lajas de pizarra según nos acercamos a tramos altos de montaña. Dejo atrás Murias de Rechivaldo, nombre de resonancias musicales, para seguir un andadero que transita por detrás de la población. Hay una variante, siguiendo la carretera hasta Castrillo de los Polvazares, que yo deseché por conocer sobradamente; no obstante, para quien venga de nuevas, el paso por Castrillo es una exigencia ineludible. Empedrado, extrañamente armónico, acogedor y cómplice de la tierra sobre la que arraiga. Bien es verdad que la cultura urbanita del ocio «civilizado» y del turismo de consumo está adulterando considerablemente su entorno, pero aún conserva la esencia de sus raíces y la verdad de sus piedras.

Con cinco kilómetros ya recorridos, la salida de Murias repunta suavemente hacia arriba. Las primeras lomas se encadenan para transmitirnos la idea de que vamos ascendiendo. Caminé hasta Santa Catalina de Somoza en solitario, silencioso. Frente a mí, un poco hacia el sur, a mi izquierda, se levanta El Teleno. A pesar del cielo nublado, la amanecida era clara, y las cicatrices de la tierra se distinguan con nitidez en la vieja montaña. Miré de lleno a sus ojos, en la porción más alta de su pico redondeado. Hoy



... El Teleno nos vigilaba desde sus ojos de nieve ...

son ojos aplastados por la vejez, y cegados por la estupidez humana. Cuando yo era niño, en los meses de nuestros largos veranos, El Teleno nos vigilaba desde sus ojos de nieve. Dos manchas heladas perpetuas se marcaban en lo más alto de su rostro. Allí estaban siempre, invariablemente, en cada julio y en cada agosto. Eran los *neveros* del Teleno. Siempre recordándonos los fríos del invierno, cuando se vestía de blanco hasta la falda desde noviembre a mayo. Hace ya veinticinco años que sus manchas de nieve perpetua han desaparecido. Es la muestra objetiva más clara que percibo en mi entorno del llamado *cambio climático*.

El Teleno trajo a Perico Alonso a mi recuerdo. Más allá de la sangre común, pude comprobar hasta qué punto amaba y sufría la vida. Perico pasaba horas enteras acodado sobre la baranda de la muralla de Astorga cara al Teleno. Era su compañero, su confidente, su viejo. Era el símbolo de su tierra y de su casa. Mirando la montaña se humedecían sus ojos, se removía su interior, se le deshacía el alma, despertaba su música y su poesía. Perico era un maravilloso poeta, y sabía arrancar de su guitarra, de su acordeón, de una armónica o del piano, el más profundo sentimiento que nunca me ha rozado el corazón. Había tanta pasión en su vida, que todo era desmesurado. Murió de sentimiento, de soledad y de generosidad. Una noche en Astorga, hace mucho tiempo, yo regresaba a casa, en la muralla, una noche de Semana Santa, bien entrada la madrugada. Un viento cortante del norte, frío y seco, me perforó los huesos cuando doblé la esquina donde da la vuelta el aire. Justo frente a casa, a la luz mortecina de una farola ahogada en la oscuridad, adiviné la figura de Perico. Los codos sobre la baranda, el pie derecho apoyado sobre el basamento, un cigarrillo en la mano izquierda y la mirada perdida en la negrura de la noche, hacia donde debía dormir El Teleno. Por aquel entonces, sus anhelos humanos andaban reducidos a restos humeantes. Me situé a su lado en silencio, y vi sus ojos cargados, fijos en la oscuridad. Su barba entrecana temblaba de emoción, mientras el hálito alcohólico de alguna copa de más y su voz ronca, cascada, deshilachada, trataban de expresar el quejido de la vida, el dolor del alma.

Sin apartar sus ojos de la nada, probó a decirme con intensa amargura.

- La vida es una mierda, Pepe...
- No, hombre... – acerté a susurrar con mi voz apresada por la emoción –.
- ¡Una puta mierda!
- ...

No le dije nada. Simplemente eché mi brazo izquierdo sobre sus hombros, y me estreché junto a él. Le ofrecí un cigarrillo de los míos. Así estuvimos no sé cuánto tiempo; una hora, tal vez dos. Fumando pitillo tras pitillo. En silencio. Con el frío metido en el cuerpo y en el alma. Con las entrañas abiertas y desgarradas. Sollozando juntos. Compartiendo el dolor. Contemplando el sufrimiento desde la impotencia. Perico, el viejo perdedor, el fracaso tirado a la cara. Sólo unos años antes de aquello, había escrito su epitafio en poesía, prendida su emoción para siempre en la vieja montaña.

Quando pase mi tiempo
y la hora me llegue,
que me cite a una boda
maragata la muerte.

Sólo pido que el tálamo
en Astorga se eleve,
que me porten a hombros
mis amigos de siempre
y me abrace la tierra
que besé tantas veces.

Que mi lecho ni en mármol
ni en cemento se cierre,
pues ya tuve prisiones;
mi epitafio en la nieve
y que el viento lo escriba
cada mes de noviembre.

Que mi cruz sea la sombra
de algún álamo ausente,
y el susurro del aire
en sus hojas me rece;
ningún llanto, que el eco
ya lloró muchas veces.

Que no ensucien mi tumba
con crespones que mienten
y que amarran coronas;
sólo flores que siembren
pajarillos y abejas
y estercolen mis sienas.

Y que, siendo ya polvo,
El Teleno me avente
y mis restos esparza
entre espigas silvestres.

Lloré amargamente cuando la muerte se lo llevó, no muchos años después. Llevamos sus cenizas, al pie del Teleno, en un paraje camino de Molinaferrera. Allí fuimos los que le queríamos, en un día ventoso de finales de invierno, con el *Réquiem* de Mozart flotando en el aire.

Sumido en mis pensamientos, llegué a Santa Catalina de Somoza casi sin darme cuenta. Cuando enfilaba su calle Mayor, coquetamente urbanizada, pensé que era un buen lugar para un respiro. Nueve kilómetros y medio de marcha, casi mitad de camino, y poco más de las nueve y media de la mañana eran argumentos suficientes para una parada. Dentro del pueblo había un bar con un banco de piedra a la entrada sobre el que se amontonaban dos o tres mochilas peregrinas. Entré apartando esa cortina de tiras de borlas de cañizo que se colocan para evitar la entrada de las moscas. Me acerqué a la barra, situada a la izquierda, y pedí un café con leche y una botella de agua mineral. Pronto percibí un tumulto al fondo del local. Seis o siete peregrinos y unas cuantas voces con inconfundible acento andaluz se debatían entre la duda y el ánimo, entre la ternura y la orden imperativa, entre las ganas de ayudar y el no saber cómo. Me aproximé por encima de la barra al muchacho que me había servido. En voz baja, señalando con la cabeza hacia el fondo, le pregunté.

- Oye, ¿pasa algo?
- El abuelo, que le sangra una pierna y no se le corta.

Paseé la mirada por encima de las cabezas de los presentes. Un paisano de los de boina calada hasta las cejas, colilla apagada entre los labios y cacha recia y contundente, se encontraba sentado sobre una banqueta. Su pierna derecha, con el pantalón remangado hasta la rodilla, aparecía envuelta en una venda de gasa orillada empapada en sangre. Más sangre, oscura y coagulada, pegoteaba el suelo a su alrededor. Una mujer apareció desde la trastienda portando un barreño de agua caliente y unos paños limpios. Mientras tanto, una de las peregrinas se disponía a retirar el vendaje ensangrentado.

- ¡No! – la expresión me salió del alma, con urgencia, como un reflejo –. No, espera, espera.... – intenté disminuir la tensión generada –. Un segundo...

Me abrí paso hasta llegar al paisano, al tiempo que sentía las miradas de todos clavadas en el cogote. *¡Cuánto odio estas situaciones!* – pensé –. Me incliné sobre la pierna herida y enseguida hice una rápida valoración de la situación. Piernas edematosas y varicosas, alguna úlcera mal cicatrizada, cambios de coloración. Los pulsos eran palpables, digamos que aceptables. Probablemente una antigua tromboflebitis y vestigios de una «mala circulación». Miré de soslayo a la peregrina que iba a ocuparse del vendaje. Seguía arrodillada con el susto marcado en el rostro. Traté de construir una sonrisa.

- Perdona si te he asustado. Lo siento, de verdad...
- ¿Eres médico?
- Algo así...

- ¿Qué es «algo así»?

- Sí... – asentí riendo –. Verás, parece una variz que se ha roto y sangra. Pueden ser difíciles de cohibir. Si se le ha puesto una venda y ha formado un coágulo en el punto de sangrado, al retirar la venda arrancaríamos la costra recién formada y la hemorragia volvería a empezar, ¿comprendes?

- Creo que sí...

- ¿Cómo se llama usted? – me dirigí al paisano –.

- Avelino.

- Bueno, Avelino. ¿Qué le ha pasado? ¿Se ha dado algún golpe?

- Siempre me doy golpes. Estoy viejo, ¡coño! – contestó enfadado –.

- Pues hay que andar con cuidado, hombre, que estas piernas no están bien.

- Eso también lo sé yo; para eso no hace falta estudiar medicina.

- Tiene usted razón, Avelino, tiene usted razón – concedí sonriendo –. Por eso tiene que ayudarme un poco. A ver, ¿está tomando medicamentos?

- ¡Ocho pastillas al día, carajo! Mi hija lo sabe. Yo sólo me sé uno que me dijeron que siempre lo tenía que decir: el *setrón*.

- ¿Sintrom?

- Pues eso... Pone la sangre líquida.

- Eso está muy bien, Avelino – me sorprendió su claridad de conceptos –. ¿Y sabe por qué lo toma?

- Un *trombo* al corazón el otoño pasado, o algo así...

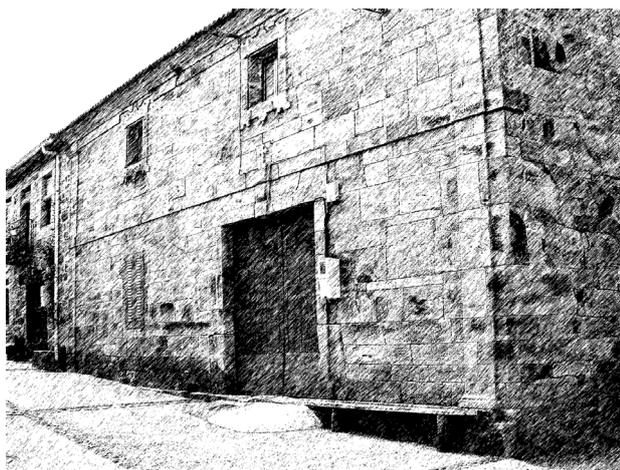
Las cosas parecían aclararse. Avelino debió de sufrir una trombosis venosa profunda en la pierna derecha; parte del trombo se desprendió y viajó transportado por la sangre hasta impactar en una arteria pulmonar: una embolia pulmonar, que puede ser mortal. Esa es la razón por la que se encontraba en tratamiento con Sintrom, un anticoagulante, lo cual complicaba apreciablemente las cosas. Podría estar *pasado* de dosis. Pedí a la hija el último control analítico, de unos diez días antes, y estaba en el intervalo terapéutico. No obstante, les expliqué la situación y la necesidad de hacer un nuevo control analítico y una cura en medio hospitalario. Me ofrecí a hablar con el centro de salud de Astorga. Poco después, la hija me extendió el teléfono.

- Oye, mira. Verás. Soy un peregrino haciendo el Camino de Santiago, médico. Al pasar por Santa Catalina me he encontrado con un paisano, anticoagulado con Sintrom, que sufre una varicorragia. Tiene un vendaje muy precario, completamente ensangrentado, y yo creo que hay que hacerle una cura, incluso en ambiente quirúrgico; previa protrombina, claro.

- No te preocupes, te mandamos una ambulancia y lo llevamos a León.

- Gracias, hombre.

Rebusqué en mi mochila y extraje de mi botiquín una venda elástica ancha que llevaba. Volví sobre Avelino colocándome frente a él. Elevé su pierna apoyándola sobre mis muslos. Limpiamos la sangre reseca pegada a la pierna con ayuda del agua caliente y los paños. Le descalcé, y comen-



... Los muros de recias casonas, el empedrado, la pizarra y la pendiente de su calle principal, proporcionan a Rabanal del Camino un inconfundible sabor ...

cé un nuevo vendaje compresivo desde el pie con mi venda elástica, por encima de la primera venda, con firmeza hasta alcanzar el foco hemorrágico. Di varias vueltas de venda sobre la presunta variz sangrante y finalicé ligeramente por encima de la rodilla con una sujeción a base de esparadrapo.

- ¿Hay que coser? – preguntó Avelino –.

- No lo sé, Avelino. Pero hay que quitarle la venda en el hospital, porque si la vena gorda sigue sangrando, hay que cerrarla con un punto y con un nudo. ¿Lo entiende? Y aquí no tenemos de eso.

- Hay que joderse...

- Bueno, hombre. Si hoy mismo vuelve a casa, ya lo verá.

- No sabía que había médicos peregrinos – me dijo en voz baja –.

- Alguno hay, Avelino, alguno hay...

- Ha habido suerte... ¡Cómo le cobres al *dotor* pruebas de esto, rapaz! – gritó a su nieto blandiendo su cacha amenazante.

- Sepa usted que no le iba a cobrar, abuelo.

- Avelino. Una cosa es una cosa, y otra cosa es otra cosa – insistí –.

- ¡Me cago en la leche! ¡A callar! Qué usted será médico, pero yo soy mayor. ¡Cojones!

A la entrada de El Ganso comenzaba a llover y decidí aguardar si la amenaza era pasajera o tomaba visos de persistir. Un chiringuito con letreros y señales entre cutres y horteras, extraordinariamente llamativos, me acogió en la espera. El Bar *Cowboy* era una caseta de paredes encaladas con tejado de uralita, en cuyo frontal se amontonaban avisos, ofertas y referencias de todos los colores y tamaños, sin un resquicio al espacio en blanco: cenas-meriendas-desayunos-mesón-bar-flechas amarillas-información-cecina-bocadillos-sello del peregrino-tapas-jamón-chorizo-raciones-sello real-mesón-dibujos-vieiras-más flechas amarillas-garabatos. Todo un símbolo del *marketing* rural. No tardé en comprobar que la lluvia se convertía en una corti-

na regular y pertinaz. Un repentino escalofrío me sacudió. Habría que pensar en ponerse la capa de agua... La salida de El Ganso está marcada por una cruz de hierro. Comienza una subida tendida pero constante. Poco más de un kilómetro después dejamos el andadero para retomar la carretera. El paisaje se viste de pinos y robles. La lluvia me golpea el rostro y eso me gusta. Pero algo no va bien. Los músculos flojean, el ritmo baja, entreabro la boca. ¿Qué me pasa? No levanto las piernas, me pesa la mochila, me tiran las cinchas, pierdo el tono muscular, me canso... ¿Y este sudor frío? Trato de fundirme con el cambio de vegetación. Los robles toman el mando definitivamente, mientras hacen su aparición los primeros helechos. La proximidad de Rabanal del Camino sabe a montaña, pero yo sigo con la sensación de estar tirando de mí mismo. Un par de kilómetros antes de llegar al pueblo, descubro el inmenso Roble del Peregrino, un maravilloso ejemplar centenario con tronco de *baobad* y ramas que suben al cielo y rompen a abrirse radialmente como los castillos de fuegos artificiales.

La lluvia fina continuaba empapando la tierra y escurriendo el monte, mientras la niebla comenzaba a bajar envolviendo ya las primeras casas de Rabanal. El pueblo nos recibe con la ermita del Bendito Cristo, y a su derecha, se empina la larga calle Real que ha sabido conservar la armonía de la piedra. Los muros de recias casonas, el empedrado, la pizarra y la pendiente de su calle principal, proporcionan a Rabanal del Camino un inconfundible sabor a montaña. No en vano, en el Medioevo era una localidad importante, rica en hospitales e iglesias. Aquí paraban los peregrinos para reponer fuerzas y agruparse con objeto de pasar juntos las cumbres del Monte Irago. Y eran parajes hostiles, muy duros, especialmente en invierno; y mal protegidos, por mucho que los Caballeros del Temple trataran, desde su sede de Ponferrada, salvaguardar el tránsito de caminantes. Hace treinta años, el pueblo estaba al borde de la inanición. Hoy ha recuperado un esplendor inimaginable gracias a la ruta jacobea. Un hostel, una posada, mesones, el monasterio Benedictino de San Salvador del Monte Irago y tres espléndidos albergues han multiplicado el milagro de la acogida en una localidad que no llega al centenar de habitantes.

Busco el albergue del Pilar, que regenta Isabel, amiga de mi cuñada Pamen. Existen otros dos, uno municipal, y otro mantenido por la Asociación de Amigos del Camino de El Bierzo y la Confraternity of Saint James inglesa y que recibe el nombre de refugio Gaucelmo, en honor de un ermitaño del siglo XII que fundó una institución de ayuda al peregrino en Foncebadón, justo en la antesala del alto de la Cruz de Hierro o Monte Irago, que afrontaremos en la etapa de mañana. Aunque me atraía pernoctar en Gaucelmo, me dirijo hacia el albergue del Pilar. Dos años antes pude conocer a la encantadora familia que lo regenta, y comprobé su maravilloso espíritu hospitalario, que les hace estar abiertos durante todo el año, incluso en lo más crudo del invierno. Isabel, la hija, es el alma del albergue, desde que hizo el Camino y se enganchó a su espíritu, tanto que cuando regresó a su pueblo convenció a sus padres para convertir

la casa familiar en albergue de peregrinos. Su hermano José y su mujer, una peregrina murciana, colaboran como hospitaleros. Serafín, el padre, cuida de los animales y de la huerta, y acondiciona el prado para los caballos de los peregrinos que vienen con montura. Esperanza, la madre, no para de cocinar sobre la base de sus maravillosas tortillas de patata y sopas de ajo.

Asomé la nariz bajo el quicio de la puerta de la casa. El portalón, cubierto con maderas, da paso a un amplio patio central, maragato, en el que confluyen todas las labores de la casa. A la derecha queda un bar con unas mesas de mendero al aire libre, aunque cubiertas por un porche de madera. Más allá, en el mismo lado, la cocina y el comedor de peregrinos. Por encima del flanco derecho, las viviendas de la familia, cuya traseca dan a las huertas y los establos. A la izquierda del patio, se disponen dos casonas que corresponden a los dormitorios de literas, con sus correspondientes servicios, y que acogen un total de unas sesenta plazas. Quedé esperando a la entrada. Todavía no son las dos de la tarde. Me descuelgo la mochila, todavía haciéndome preguntas, sorprendido por el cansancio con el que llego. Entonces, reparo en un cartelón sugerente, que ya recuerdo de la última vez que estuve allí:

EL TURISTA EXIGE, EL PEREGRINO AGRADECE

Después de marcar una litera superior con la mochila, de una ducha rápida y de ponerme ropa limpia y seca, me dirigí hacia el comedor. Servían sencillos platos combinados a precios muy razonables, y me daba pereza salir al pueblo lloviendo, así que elegí un plato que ofrece huevos fritos, chorizo a la brasa, unos filetes de lomo y abundantes patatas fritas. Al extremo de la mesa vislumbré un grupo de veinteañeros, cinco muchachos y una chica. Ella era de apariencia frágil, piel pálida, con el pelo recogido en una coleta alta, delgada y muy estirada, con el gesto adusto. Daba órdenes y disponía servicios que los chicos cumplían con presteza y sin rechistar. Se habían preparado algo de pasta y unas ensaladas. Ellos parecían sus hermanos, excepto el que aparentaba ser el mayor, que se comportaba como si fuera su novio: le cogía la mano, que ella rechazaba; le susurraba algo al oído con picardía, mientras ella respondía con un gesto de desagrado; buscaba un beso con reacción huidiza... Eso sí. Ella había planificado de inmediato la tarde. De momento siesta; después colada, paseo por el pueblo y Vísperas en el monasterio. Por último, preparar la cena y a dormir. Identificados desde el primer momento: Blancanieves y los cinco enanitos.

No podía más. Miré al plato con tristeza. Aún quedaba un filete de lomo, buen número de patatas fritas y la mitad de un huevo con la yema desangrada. *¡Qué raro!* – pensé – *Está bueno, es apetecible, y tendría que estar devorándolo, pero no tengo más hambre.* De repente, un escalofrío estalló brusco e incontenible en todas las direcciones. Un temblor incontrolable se apodera de mis músculos, mientras un resquicio de lucidez enciende mi cerebro. *¡Me está subiendo la fiebre!* – exclamo sorprendido en mi interior –

Vuelvo a mi litera. Me pongo un pequeño termómetro digital que llevo en mi botiquín: 39.4°C. Tomo un paracetamol y me entiero bajo mi saco de dormir tratando de disimular mi temblor. No tardo en quedarme dormido.

Desperté un tanto aturdido, entre el sopor y el escalofrío. Consulté el reloj y comprobé que las agujas corrían hacia las siete de la tarde, hora de la oración de Vísperas en la pequeña iglesia de Santa María, junto al monasterio benedictino. Con más pena que gloria me acerqué hasta la pequeña iglesia románica de Rabanal, renqueante por la fiebre y el cansancio. Sin embargo, una vez acogido en la penumbra de sus muros me sentí reconfortado, arropado por mis compañeros en la estrechez de los viejos bancos de madera. Volví a percibir esa extraña universalidad que es intrínseca al Camino, cuando las lecturas iniciales fueron hechas en inglés, francés, italiano y alemán, además del castellano, por diferentes peregrinos. Y cuando escuché los primeros compases gregorianos me acogí a las cenizas de la oración dura y seca, parida entre el dolor y la esperanza. Respirando el aire húmedo y denso atrapado en la piedra vieja, se palpan los anhelos y dudas de los peregrinos de la historia.

A la salida, calle Real abajo me dejé arrastrar hasta la fuente, acariciado por el atardecer, y de espaldas a mí, buscando una fotografía imposible, descubrí el perfil inconfundible de Delia. El corazón me dio un vuelco, porque no aparecía en el esquema mental de mi nueva travesía. Entonces recordé que el último día me dijo que haría la segunda parte de su peregrinación en septiembre. Con alegría contenida, mientras se concentraba en el encuadre, me deslicé detrás de ella y le susurré con suavidad junto al oído.

- Perdona si la molesto, pero hay una pareja procedente del país de los sueños que pregunta por usted. Ella es de belleza poco convencional, perfil de nariz judío y ojos soñadores. Él es muy guapo, y lo tiene todo rubio: la piel, la sonrisa, el cabello y la mirada...

Delia se volvió hacia mí entre las admiraciones de la sorpresa y me abrazó con espontaneidad. Después de una pausa, respondió.

- ¿No serán, por ventura, Barbra Streisand y Robert Redford?

- A esos nombres responden...

- ¿Le importaría, gentil caballero, hacerles pasar al salón de la pradera y el roble, mientras escuchan la música cantarina del agua de la fuente?

Reímos con complicidad. Me volví a enfrentar a sus ojos color miel. Se marcan las arrugas de su rostro. Da la impresión de que la vida viaja con Delia.

- ¿Cómo te trata el Camino? – le pregunté con serena calma –

- Bien... Es mucho lo que se recoge por aquí. ¿Y a ti?

- Regular... Una tendinitis me apartó definitivamente a

las puertas de Astorga. Corrí demasiado... Claro que eso me ha permitido reencontrarte...

- Demasiado acelerado...

- Sí – reconocí –. Demasiado acelerado.

- Eso suele responder a una actitud vital – Delia comenzó a abrir la caja de sus reflexiones –. Una de las cosas que estoy aprendiendo, es que uno camina con el mismo talante con el que vive.

- Seguramente... – contesté –. Sin embargo... No me siento que viva deprisa.

- No, deprisa no – contestó Delia comprensiva –. Probablemente asumes más de lo que puedes, y giras continuamente sobre lo que sientes, lo que vives y lo que dejas de vivir. Tú eres de los que te responsabilizas con el mundo, y cuando te equivocas, o no llegas, o no puedes, te culpabilizas.

- ¡Puñetera! – respondo sonriendo –. ¿Y Juantxo?

- Bueno. Digamos que me acompaña, y eso es muy de apreciar. Pero no termina de implicarse. El Camino no le enamora.

- El «pero» es una palabra fatal...

- No... Juantxo ha aceptado mi aventura, sencillamente porque me acepta a mí. No le puedo pedir más...

- ¿Una ciudad del Camino? – lanzo al aire con una sonrisa –.

- Castrojeriz – Delia comprende mi desafío –. Realmente sorprende.

- ¿Un árbol?

- Mi viejo amigo el roble. Es «el árbol».

- ¿Una canción?

- *Blowin' in the wind*, Bob Dylan. La respuesta, amigo, está en el viento...

- ¿Un aroma?

- El del monte recién llovido.

- ¿Un sonido?

- El canto del *pico blanco*, un hermoso pajarillo con una especie de bigote blanco sobre el pico. No tiene nada de especial, pero cuando lo escuchas sabes que anuncia la primavera.

- ¿Un color?

- El del otoño.

- ¿Un instante?

- Este mismo, el que vivimos ahora. ¿Por qué buscar otro?

- ¿Un ideal?

- Habrá un día en que todos, al levantar la vista, veremos una tierra que ponga LIBERTAD...

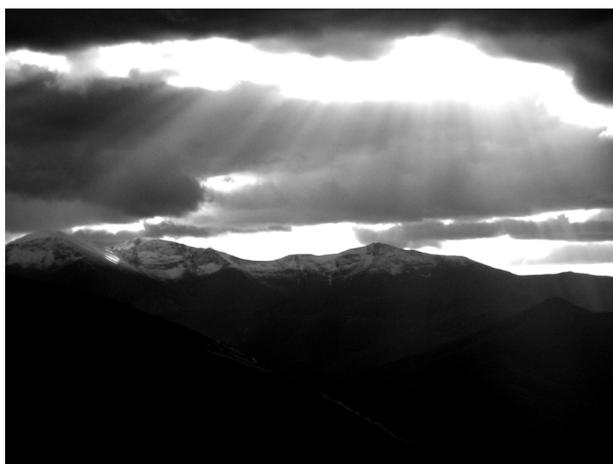
- ¿Un silencio?

- El de la noche.

- ...

- ...

Volví al albergue temblando de frío. La tarde agonizaba cercada por los dedos gélidos de la niebla, mientras yo caminaba de piedra en piedra entre balbuceos febriles. Cuando crucé el patio del albergue, las primeras sombras de la noche despintaban la tarde. Tras la barra andaba Isabel presurosa despachando las primeras cenas. Yo no tenía ningún apetito, pero debía comer algo para poder resistir



...El Teleno, orgulloso y majestuoso...

mañana, acostarme y dormir, dormir, dormir... Así que le pedí algo rescatado de mi infancia que cenaba muchas veces en Astorga cuando era niño: una tortilla francesa entre dos rebanadas de pan de hogaza. Mientras Isabel me lo servía, noté que ella se me quedó mirando.

- Oye, ¿tú eres el cuñado de Pamen?

- Sssí... Sí – asentí tímidamente –. ¿Cómo lo sabes?

- Me acaba de llamar.

- Ya, pero no me conoces. Nos vimos hace un par de años, pero fue tan fugaz que no te puedes acordar de mí.

- ¿Y cómo no dijiste nada?

- Ya ves... No quería llamar la atención...

- ¿Te pasa algo? ¿Te encuentras bien? Tienes mala cara.

- Estoy perfecto – mentí –.

- Vienes de Astorga, supongo.

- Sí... ¿Hay mucha gente en el Camino?

- Está la cosa un poco irregular. Sin embargo, cada año que pasa aumenta la afluencia especialmente en los meses teóricos en los que la peregrinación se toma un respiro.

- Debe de ser duro, pero hermoso peregrinar entre el otoño y el invierno.

- Si llegas a un albergue nevando, y te encuentras con un par de peregrinos y un hospitalero, entonces caes en la cuenta de que cuatro almas son un mundo, que para sobrevivir precisas de ese mismo con el que te estás tomando una sopa de ajo. Todo es más sobrio, menos emocional, y casi con seguridad más auténtico... ¿Oye? ¿Seguro que estás bien?

Me acosté temprano. El cuerpo me pedía calor y cama, y el termómetro volvía a marcar por encima de los 38°C. En estas circunstancias, lo razonable parecía ser volver a casa, pero rechacé de plano esta posibilidad. Contemplé la posibilidad de hablar con Isabel para que me dejara pasar un día entero en Rabanal, pero mis plazos para llegar a Compostela eran muy justos. Había que apretar los dientes. Con el bullicio aún flotando en el patio, con la oscuridad acampada entre nosotros, con el frío metido en los huesos, con los músculos tensos y doloridos esperando el escalofrío, y con el ánimo asténico, esperé arrebosado a que el sueño me sorbiera.